



MICHEL WIEVIORKA

El racismo: una introducción

*Traducción de Antonio García Castro,
Gedisa, Barcelona, 2009
ISBN 6532434963
(Racisme : une introduction,
La Découverte, París, 1998)*

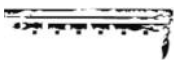
El “racismo” no es una práctica meramente residual, procedente de un pasado que seguiría operando en el presente de forma más o menos incidental. Es, por el contrario, una práctica *extendida* en las sociedades contemporáneas —incluyendo especialmente los casos de Europa y Estados Unidos— que recupera valores e ideas de larga trayectoria y se *actualiza* en un tejido de fenómenos susceptibles de análisis crítico y de intervenciones político-culturales orientadas por un antirracismo militante. La premisa inicial de Wieviorka —eminentemente sociólogo francés, conocido por su trabajo sobre “racismo”, “diferencia cultural”, “movimientos sociales” y “democracia”— no resulta especialmente novedosa, pero ello no niega su drástica vigencia en nuestras sociedades o el itinerario teórico de relevancia que le permite construir. Su mérito fundamental está precisamente en ofrecer un enfoque general y unitario sobre una irresolución central en nuestra actualidad, que hiere los más elevados ideales de la modernidad filosófica. Más aún, es una forma punzante de hacer retornar lo reprimido: la presencia de prácticas racistas en el seno de países que se auto-proclaman guardianes de la democracia. *El racismo: una introducción* es, precisamente, un abordaje sistemático de esta candente problemática. En términos globales, el autor remite el “racismo” a un tipo específico de discriminación que inte-

rrioriza y excluye a determinados conjuntos humanos mediante la atribución de rasgos naturales o biológicos que comprometen, a su vez, características intelectuales y morales. Lo peculiarmente novedoso de este enfoque resulta de la hipótesis de que el racismo ha mutado de un enfoque “científico” a uno “diferencialista” que “raciza” a un Otro cultural, no siempre situado en el exterior con respecto a una “nación” determinada.

El retorno del racismo no resulta azaroso. Tras el optimismo modernizante de los 60, que suponía una desaparición de las “relaciones raciales” y, en general, de una “política de raza” (encarnada de forma siniestra en el nazismo), nuestro tiempo protagoniza una proliferación de situaciones racistas pasibles de ser investigadas sobre el terreno y teorizadas de forma conjunta. Las condiciones de este retorno, según Wieviorka, son múltiples: el pasaje a una sociedad postindustrial, el declive de los movimientos obreros, la crisis institucional y del sistema político, así como la fragmentación cultural. Por lo demás, si bien las sociedades antiguas también generaron prácticas que sin temor al anacronismo pueden calificarse de “racistas” —tal como es el caso de los griegos con respecto a los “bárbaros”—, lo que interesa a nuestro autor es su configuración moderna, evitando convertirla en una “constante antropológica” (que se limita a constatar que todo grupo humano naturaliza a otros grupos para mantenerlos a distancia o dominarlos). En todo caso, la noción de “raza” se difunde a partir del siglo XVIII, indisociable a las doctrinas e ideologías racistas que construyen representaciones estigmatizadas del Otro.

Paralelamente a la idea de “nación”, la emergencia moderna del racismo instala la idea de una “diferencia esencial”, atribuida a la “naturaleza” de los grupos humanos. A este “racismo clásico” lo vincula el autor a los procesos de colonización imperial europeos, así como a su nacionalismo expansionista —en el que Europa reafirmó sus identidades nacionales planteando como execrables las prácticas de mestización—. El punto basal de este planteamiento con implicaciones ético-políticas graves no podía ser otro que el desarrollo de la categoría de “raza”, ligado a la ciencia institucionalizada del siglo XVIII. El corolario de este “racismo científico” —doblemente determinista, tanto en lo referente a los atributos de los individuos pertenecientes a una raza como en lo referente al funcionamiento de las sociedades compuestas por determinadas razas— es la afirmación de la superioridad cultural de la raza blanca y, en consecuencia, de la legitimidad de su dominación con respecto a las restantes.

Sin embargo, el racismo del siglo XX se asienta en otros pilares. La idea misma de “raza” ha sido recurrentemente cuestionada y carece de cualquier fundamento biológico (lo cual no es óbice para reconocer que dicha categoría no puede desecharse sin más, en tanto sigue operando como “construcción social y política” que da lugar al racismo). Wieviorka no desconoce esta ambivalencia: por un lado, la “relación de razas” puede llegar a suponer la validez de esta categoría; por otro, los individuos involucrados en este tipo de relaciones se designan con estas categorías raciales y, de hecho, sus víctimas las padecen bajo la forma de la subalternización política, educativa y económica. En este sentido, el debate sigue abierto y exige estudiar el racismo en sus múltiples niveles de funcionamiento: sea en un nivel abierto e individual, sea en un nivel no declarado e institucional (en relación con lo que en 1967 Carmichael y Hamilton estudiaron como “racismo institucional”, asociado a mecanismos estructuralmente discriminatorios, socialmente desapercibidos y no voluntarios). Aunque el autor encuentra interesante el concepto de “racismo institucional”, en tanto hace pensable una práctica racista compatible con la “buena conciencia de convicciones antirracistas”, no deja de señalar que llevado al extremo supondría que los agentes dominadores serían ajenos a su práctica de dominación, responsabilizando de forma unilateral a las institu-



LIBROS



MICHEL WIEVIORKA El racismo: una introducción

ciones. Aún así —y toda la Europa actual es un excelente ejemplo de ello—, la existencia de un racismo más o menos implícito que atraviesa de forma transversal las instituciones permite identificar modos discriminatorios activos que reclaman ser rectificadas.

Es una invitación a debatir, investigar y rechazar una ceguera que, gracias al espesor y a la opacidad de los mecanismos propios del funcionamiento de las instituciones, permite que amplios sectores de la población se beneficien de las ventajas económicas o estatutarias que puede aportar el racismo activo, mientras evitan asumir los inconvenientes morales añadidos. Dicho en otros términos, resguarda la buena conciencia de quienes se benefician con él.

A pesar de las críticas a este concepto —por perder de vista las relaciones de clase y el rol del capitalismo en la construcción socioinstitucional—, permite mostrar formas no flagrantes o brutales del racismo que, sin riesgo, podríamos señalar nosotros como las manifestaciones mayoritarias también en el contexto de sociedades que se autoproclaman “civilizadas”. En esa dirección, la identificación de estas formas históricas efectivas bien podría dar lugar a un estudio independiente.

El énfasis de esta investigación, sin embargo, gira hacia una interrogación crítica con respecto al actual racismo, que se desplaza del discurso de la “inferioridad biológica” al de la “diferencia cultural” (al que nos tienen acostumbrados nuestros políticamente correctos teóricos multiculturalistas). Más que a la “jerarquía”, la actual argumentación racista echa mano a la “diferencia” en términos culturales, referente a la lengua, la religión, las tradiciones y costumbres de otros grupos sociales. Dicha diferencia, construida como amenaza a la identidad del grupo dominante, funciona como punto nodal de un discurso diferencialista que se legitima menos en la desigualdad racial que en la irreductibilidad de las especificidades culturales y étnicas: el Otro no tiene ningún lugar entre el “nosotros” racista. Desde luego, este racismo requiere algo más que la mera defensa de la identidad cultural: supone afirmar esa cultura como algo que no se puede adquirir, un atributo que remite a un pasado en común intransferible a terceros. Si una cultura es irreductible a otra, la consecuencia es que ésta se naturaliza, reocupando el lugar de la “raza” en el sentido biológico del término (ligado a especificidades fenotípicas).

En esta fase de su argumentación, Michel Wieviorka más que suponer un cambio radical entre estos tipos de racismo, identifica dos lógicas (de jerarquización y de diferenciación) que se articulan históricamente, con diferentes énfasis,

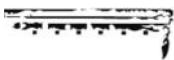
en las prácticas racistas. La lógica de “pura jerarquización” está marcada por el universalismo abstracto, que disuelve las relaciones raciales en relaciones sociales y hace del grupo racial una clase social. Por su parte, la lógica de “pura diferenciación” rechaza los contactos y vínculos sociales, planteando una relación de exterioridad radical con respecto a esos grupos que encarnan la diferencia cultural. Estas lógicas se combinan, pues, en las experiencias históricas del racismo. De ahí que no se trate, estrictamente, de “nuevo racismo” (dado que la lógica de la pura diferenciación también operó en las masacres colonizadoras). Se trata, más bien, de diferentes acentuaciones históricas, que tienen su génesis en los “descubrimientos” europeos, la colonización, los movimientos migratorios y la extensión del capitalismo, la industrialización y la urbanización.

El racismo, pues, no sólo es un fenómeno ideológico, sino un componente conductual operativo entre grupos humanos —bajo la forma de prejuicios, discriminaciones y segregaciones— que conviven en una misma unidad económica y jurídico-política. Al decir del autor, el racismo puede girar hacia 1) un polo universalista, ligado a la modernidad triunfante que quiere imponerse como referencia del progreso, nación universal o proyecto evangelizador. En ese caso, la interiorización/diferenciación puede conducir en sus extremos al “etnocidio”. Asimismo, puede girar a 2) un segundo polo, ligado a la caída social y a la (amenaza de) exclusión social. Aunque Wieviorka no lo diga de forma explícita, éste parece ser el caso más frecuente en el presente europeo: el racismo ligado al temor a perder la propia posición social y a los populismos políticos que manipulan estos temores para capitalizarlos electoralmente. 3) Un tercer polo racista corresponde a la referencia a una identidad primordial, contrapuesta a la modernidad, que desemboca en un llamamiento nacionalista o étnico-religioso, de tipo integrista. Finalmente, también hay 4) un racismo de las identidades en conflicto, en el que unos grupos se autodefinen como culturalmente distintos para reafirmarse contra otras identidades.

En cualquiera de sus versiones, que se confunden empíricamente, el “racismo” no supone una “relación de razas” sino que implica solamente al actor racista y las transformaciones contextuales que afectan al grupo al que pertenece. Ante procesos de fragmentación sociocultural, la idea de nación tiene dificultades para construir un marco simbólico en común. Una de sus consecuencias es la exaltación nacionalista, más o menos racista, que se afirma contra otros reducidos a una “esencia”, “naturaleza” o “raza” por definición inmutables. El autor no duda en advertir: si no se asumen estos procesos políticamente, en términos democráticos, el riesgo de violencia se incrementa notablemente. La mutación histórica, en este sentido, está en la intensificación de una lógica diferencialista que abre camino a la sobreexplotación del Otro, sea bajo motivos racistas, sea bajo motivos xenófobos y antisemitas coligados a los primeros.

Por otra parte, existen expresiones múltiples del racismo: el “prejuicio” estereotipante, la “segregación” separatista y la “discriminación” jerarquizante son formas elementales que el autor explora de forma detallada. En su diversidad, ponen en juego una violencia tanto simbólica como física (sobre la que se detiene el trabajo del autor). La violencia racista —sea “infrapolítica” o “política”, “defensiva” u “ofensiva”— puede combatirse por el Estado de forma más contundente que el racismo institucional, tolerado a menudo por los poderes públicos (como por ejemplo en el mercado de trabajo). Esta violencia apunta tanto a inferiorizar al grupo racizado (creando las condiciones para sobreexplotarlo), a utilizarlo como chivo expiatorio ante situaciones de crisis económica y a funcionar como canalización de otros grupos rechazados socialmente que reclaman para sí una “diferencia legítima”.

Lo precedente habilita a Wieviorka a concluir planteando



LIBROS



MICHEL WIEVIORKA El racismo: una introducción

cuatro niveles políticamente diferentes: el *infrarracismo*, el *racismo disperso*, el *racismo institucionalizado y/o político* y el *racismo total*. Es tarea del lector identificar el nivel en el que las naciones europeas se sitúan. No le resultará fácil encontrar información confiable. Nótese que las cifras no informan necesariamente sobre la magnitud de los fenómenos racistas sino más bien sobre la voluntad política de luchar contra éstos, a menudo invisibilizados por los aparatos estadísticos oficiales. También resulta pertinente distinguir dicho racismo de la xenofobia o de la definición social de los inmigrantes en las relaciones capitalistas de producción, aunque el autor ofrezca varios argumentos que muestran la creciente racialización de los sujetos inmigrantes y la tendencia a la exclusión y segregación que sufren en los países económicamente desarrollados.

Aunque en este contexto resulte imposible detenerse en las consideraciones realizadas, el retorno del racismo puede vincularse a múltiples registros: a) el fin de la sociedad industrial (y merece especial mención la referencia al individualismo como uno de los factores que inciden en la práctica racista, al serle denegado al sujeto el acceso a la participación en la vida moderna, el consumo, el empleo, la salud o la educación); b) la crisis de las instituciones (desde la escuela hasta la solidaridad, el orden y los servicios públicos, en el contexto del agotamiento de los sistemas políticos y el apogeo del neoliberalismo en las décadas de los ochenta y principios de los noventa); c) el brote de las identidades culturales (que incluyen la proliferación de nacionalismos reactivos con respecto a la globalización, la multiplicación de identidades culturales que reclaman reconocimiento público y el incremento de redes diaspóricas (que abarcan desde el exilio hasta la invención vital) y d) la desestructuración de las sociedades nacionales (en la que la dialéctica entre inclusión y exclusión se hace central).

Capítulo aparte merece para este sociólogo el estudio de la influencia de los medios de comunicación, irreductibles a una descripción uniforme que los asimila a los factores productores del racismo. Aunque Wieviorka no niega que algunos medios tiendan a co-producir el racismo, también destaca su papel en la lucha contra el mismo. En pocas palabras, la comunicación moderna “no se reduce a una función de espejo (la reproducción) ni a una actividad autónoma (la producción). Con el racismo sucede lo mismo que con muchos otros fenómenos sociales: los medios no actúan de manera homogénea ni unidimensional; participan en sistemas de acción en los que están interrelacionados con todo tipo de actores” (p. 149).

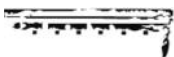
Luego de algunas ejemplificaciones, el

autor concluye con cierto “pluralismo de los medios de comunicación”, ligado al “pluralismo de las audiencias”, sin negar por ello su contribución a construir “clases peligrosas” y una cierta tendencia a criminalizar la pobreza y a racializar la criminalidad. La retórica del inmigrante-desocupado-creador-de-inseguridad resuena a menudo, aunque los periodistas y los productores mediáticos, en su condición de actores sociales, sean tan heterogéneos como la composición misma de la sociedad. Singularmente revelador resulta el análisis que Wieviorka efectúa con respecto a las “representaciones de la alteridad” que hacen los medios, por mucho tiempo bastas y en la actualidad más sutiles aunque persistentes en sus connotaciones racistas. No obstante, así como los medios funcionan en tanto “vectores del racismo”, tampoco puede negarse que con frecuencia procuran combatirlo activamente, constituyéndose como agentes antirracistas. La eficacia misma de esos discursos mediáticos, por lo demás, depende en buena medida del grado de contacto efectivo que los grupos mantienen con respecto a esos Otros reales.

Tras este itinerario, el autor se interna en la exploración de enfoques y políticas antirracistas, no sin el debido reconocimiento de las dificultades que se le presentan, manifiestas entre otras cuestiones en debates y controversias como las suscitadas en los Estados Unidos por la “discriminación positiva” (*affirmative action*), lo “políticamente correcto” (*politically correct*) o los suscitados en el contexto republicano francés, reticente a toda alusión a la “diferencia” (con los que Wieviorka se muestra especialmente crítico). En este punto, el autor distingue de forma exhaustiva diferentes niveles de la acción antirracista: a) la acción militante de base y b) las políticas antirracistas, complementarias a las medidas represivas que corresponden a un estado de derecho, ligadas a un antirracismo consecuente, capaz de mantener la tensión entre las referencias identitarias y los valores universales. Especialmente valiosas y útiles resultan sus consideraciones al respecto para quienes participan en la vida política e institucional. La lucha antirracista, por lo demás, debe diferenciarse de la lucha contra la xenofobia, si es que pretende evitar el desdibujamiento de su foco de acción. Más allá de los discursos moralizadores, el racismo no se combate meramente con la “educación” o la “razón”, sino con el aumento de la capacidad de acción de quienes toman parte de los combates contra aquel.

No resulta difícil advertir que en su versión predominantemente diferencialista, el racismo crezca en los contextos sociales actuales. Pero los mismos factores que pueden conducir a su fortalecimiento también conducen a una fortificación de los grupos amenazados, en tanto los *consolidan* en sus recursos culturales y termina reconociéndoles capacidad para afrontar esa situación conflictiva. Si el racismo crece en la incapacidad político-institucional de tratamiento democrático a las dificultades sociales y culturales, es probable que disminuyan ante procedimientos políticos capaces de rechazar tanto las dictaduras mayoritarias como las minoritarias.

Como toda introducción, el trabajo de Wieviorka plantea algunos interrogantes al lector. En primer lugar, la sola presencia del racismo en nuestra actualidad nada señala con respecto a la magnitud o importancia que las prácticas racistas han adquirido en las múltiples dimensiones de la vida social. El libro no nos permite determinar la relevancia social, política e institucional que esta configuración ha adquirido en las sociedades europeas; de ahí que esta introducción bien podría reclamar, en una segunda fase, más detenimiento en la investigación empírica de este tipo de fenómenos y en el grado de centralización social y política que ha adquirido en el contexto del “primer mundo”. En segundo lugar, cabría preguntarse si investigaciones semejantes no reclaman una referencia más pormenorizada al “racismo institucional”, para contribuir así a precisar las modalidades operativas que lo articulan en prácticas institucionales determinadas.



LIBROS



MICHEL WIEVIORKA El racismo: una introducción

Una vez más, no podemos combatir eficazmente esa clase de racismo si no somos capaces de identificar los modos concretos en que funcionan sus mecanismos discriminatorios tanto en espacios públicos como privados, de formas más o menos veladas e implícitas. Aunque la violencia racista deba ser el primer blanco de las medidas jurídico-policiales y político-culturales, resulta fundamental indagar más sistemáticamente en sus formas menos evidentes y, por lo mismo, más toleradas. Como tercera observación, bien podría señalarse que aunque Wieviorka dedica unas cuantas páginas a diferenciar “racismo” de “xenofobia” y “antisemitismo”, circunscribiendo legítimamente su campo de estudio al primero, existen elementos de su argumentación que nos permiten suponer que una lectura sociológica de las condiciones del presente en Europa reclama un abordaje que implique de forma interrelacionada estos tres términos, en su vínculo con el capitalismo postindustrial, en tanto claves específicas de lectura. Desde luego, nada hay de inválido en plantearse un objetivo más restringido, pero tampoco nada nos impide imaginar un estudio más vasto que ponga en relación fenómenos que están creciendo drásticamente en el contexto de la actual crisis europea y que difícilmente pueden entenderse de forma independiente. Finalmente, y en sentido más general, cabe preguntarse sobre el alcance conceptual que una categoría como “racismo” legítimamente habilita. Aunque el autor no duda en referirse al “racismo cultural” o “racismo simbólico”, en tanto naturaliza la propia cultura y petrifica al otro en la suya, la extensividad del concepto no está exenta de problemas. La comprensión crítica de ciertos fenómenos discriminatorios parece reclamar alguna categoría más abarcativa y menos marcada por la noción de “raza”, para permitir pensar, precisamente, la pluralidad de diferencias identitarias que proliferan en nuestro mundo contemporáneo.

Nada de lo dicho es impedimento para celebrar esta contribución teórica y política relevante que ayuda a pensar el racismo y luchar contra sus prácticas. Más aún: *El racismo: una introducción* no sólo resulta central para una gestión democrática de la diversidad —tanto en una dimensión política como económica y cultural—; es, asimismo, un recordatorio crítico de unas prácticas que persisten y resisten en las sociedades postindustriales actuales (sociedades que, en reiteradas ocasiones, no dudan en *discriminar* y eventualmente en *criminalizar* a un Otro racizado). El libro no sólo dispara contra una cierta complacencia de las ideologías metropolitanas hegemónicas, sino que actualiza un diagnóstico acerca de lo que debemos interpretar como racismo en nuestro actual mundo social. Porque para

incomodidad de algunos e indiferencia de muchos, vivimos en una sociedad que racializa para legitimar desigualdades e incompatibilidades crecientes entre grupos étnicos y culturales de diferente procedencia, en los que el costo es la marginación, el paro, la pobreza y la exclusión social, por mencionar sus efectos más perversos. Cualquier sociedad que se precie de ser relativamente justa y democrática debería tomar nota de los recursos y agentes que está movilizando para revertir la endemia racista que recuerda la brecha entre ideales igualitarios y realidades históricas radicalmente inadmisibles.

Arturo Borra